

Cuenta Claro



Manuel Arduino Pavón



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón



Todos los derechos reservados

ISBN: 130-83-1567-209-7

No se permite la transmisión de este libro en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo de la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Puede contactar con Ediciones Sedna a través de <http://ediciones-sedna.blogspot.com.es/>



Ediciones Sedna





Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón

Página 3



Ediciones Sedna



Índice



Cien razones para dejar de leer una novela	6
Tres inéditos asociados	10
La cabeza del demonio	12
El tesoro del fin del mundo	14
La orden	16
El gran reflujo	17
El sueño, los sueños	18
La cabra y la raposa	19
Cuestión de tamaño.....	20
Fuente con muchos alfajores	21
El peor cuento de este mundo.....	22
Sagitario.....	24
La privacidad de los payasos.....	25
Momias toltecas.....	26
De culto a la inmediatez	28
¿Es usted la reina de la gran Bretaña?.....	29
Irrefrenable tránsito.....	30
Zozobras morales.....	31
El cadáver de Krieger	32
La última bala en el tambor	33
Cazadores.....	34
Comemos para agradar a dios.....	35
El grave problema de los escribanos	37
Inmensidad, intensidad	38



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón

Mariposas electrónicas	39
Es un simple desmayo, doctor	41
Sepultados	42
Lluvia y murciélagos	44
El regreso del viejo gato gris.....	46
Ellos, los que aplauden.....	48
La carga	51
Desde otro punto de vista quizás no sea tan mala.....	53
Sobre el autor... Manuel Arduino Pavón.....	57

Cien razones para dejar de leer una novela

Es insólito que a esta altura de la historia de la literatura se escriba una novela con tan escaso como descuidado tratamiento de los paisajes, de los interiores, sin descripción alguna del contexto, sin colores, aromas, ni sabores; algo tan híbrido y fortuito, escrito a trazos desaliñados, como corriendo por terminar la narración aún antes de que la misma se haya iniciado del todo.

Las referencias a los procesos históricos son escuetas y laterales, poco comprometidas; parece que el autor empleara algo dramático y tortuoso de la historia de nuestros pueblos como un escenario banal, sin ninguna trascendencia, solo como un telón de fondo al paladar de la legión de lectores que han padecido de verdad las zarpas del desafuero social. Las graves omisiones a personalidades reales, de carne y hueso, vuelven a la narración hueca y completamente desvalida, como si estuvieran escribiéndola por compromiso, para causar la impresión de que el autor está o estuvo implicado alguna vez con el destino de los pueblos de nuestra América austral.

Es poco creíble la Montevideo de los setenta, del siglo pasado, y mucho más cuando se la esconde debajo de una anécdota coyuntural y solariega, atrocemente demacrada y anoréxica. Una verdadera lástima que se desaproveche la oportunidad, que ofrece el ejercicio de las letras, para denunciar con nombre y apellido a los gorilas y a sus secuaces; a todos quienes estuvieron implicados en la gran tragedia del Uruguay, del siglo pasado. Y mucho más todavía la ignorante y elíptica Buenos Aires, sumergida en un refugio, en una caverna previsible, como tantas cosas previsibles que jalonan las peores piezas del arte novelístico explotado por mercenarios del mundo editorial.

Y qué decir de cada uno y de todos los personajes. Absolutamente espectrales e inconsistentes, sobras de un plato de albóndigas descompuestas.

Albert Einstein Gallardo no existe, ni siquiera puede existir un personaje semejante en la imaginación de un oligofrénico barredor de residuos de elefantes en un circo ruso de gira por la Amazonia. En todo

caso surge de una esmirriada y escasa pintura de caracteres de un nene bien al que se le va desviando la cabeza a medida que se involucra con personas inservibles con delirios mesiánicos. Es una absurda pérdida de tiempo destinarle tantas páginas y, lo que es peor, la novela toda a tal marioneta de la burguesía insípida de una ciudad enjaulada en sus propios óxidos suicidas. Una ciudad que nunca existió, más que para el profanador de tumbas.

Y es conveniente extenderse un poco más sobre este personaje porque es seguro de que el autor lo exaltará hasta el heroísmo o lo desmadrará hasta hacerlo añicos contra un montón de deshechos artificiales de una planta de productos químicos. Deplorable, lisa y llanamente lamentable el afán de perpetuar un personaje que desentona con la situación a que se pretende pertenezca con naturalidad. Todo un esbirro juego de la oca para taparse los glúteos con las máscaras venecianas, naturalmente con las máscaras venecianas importadas de una cultura vieja y estrepitosamente esnob.

A esta altura de la historia todo parece perdido, nuestro tiempo y el tiempo del mundo, una verdadera e injusta apropiación del dinero, una temeridad rayana en el egocentrismo típico del canto del cisne, del cisne negro que se ufana con hacerse escuchar.

Albert Desnós es un estereotipo ramplón del artista surreal, ajustado a su rol de actor urbano, improvisando obras maestras en todas las esquinas, nada más que un estereotipo, algo muy convencional. Más afiebrado todavía es el designio que lo llevará a constituirse en el mayor poeta de las tierras de los oficinistas vocacionales. Tampoco hay muestras efectivas de ese presunto talento extraordinario, ni siquiera una línea testigo de tanta originalidad. Es exasperante ver tantos estereotipos juntos en un solo personaje; quizás funcione para novelones de televisión, pero no para el arte novelístico.

Y salvo estos dos figurones, el resto de los personajes casi no cuentan. Hay una curiosa alusión a una malformación congénita en Miguel Ángel, pero ninguna concreta referencia al mal ni a la herencia familiar, una ausencia de información que vuelve desleal el abordaje temático y completamente anodino a un personaje que, con otro tratamiento, debería convertirse casi en un punto de inflexión, en un modelo para armar muy rico. Una magnífica oportunidad para ensayar con los meandros de la vida emocional de un diferente, arrojada al inodoro de las cosas que jamás fueron escritas. Una verdadera lástima, una cruel abstracción, una barrabasada absoluta.

Camus solo tiene el apellido y una rara vida de ratón de vaya uno a saber qué logias; parece un teósofo u otro tipo de diletante, empeñado en explicar lo inexplicable mediante razones y leyes de carácter metafísico; un sobreviviente de las primeras décadas del siglo pasado en el Río de la Plata, un caballero masón con su corte de mandiles y de naftalinas.

Fata Morgana y Cleopatra y cada una de las mujeres, la turquita María Madre de Dios, por ejemplo, parecen denunciar una profunda y compleja náusea sexual; el eludir menciones explícitas a la carnalidad de las mujeres parece situar al agonista y al autor de la agonía en el campo de las disociaciones de la personalidad, complejos edípicos y toda suerte de neurosis enajenantes. Y este aspecto no sería cuestionable en la medida que fuera presentado como tal, que se escribiera abundantemente sobre él. Es un verdadero desatino pasar de lado y no detenerse en la cuestión de las vidas que llevan los personajes, descarnarlos, volverlos imágenes literarias carentes de elaboración y vuelo. Porque en el glosario de las miserias humanas se cifra la gran novela de Occidente, ni más ni menos.

Churchill y los tres hombres de piedra de San Telmo no son más que lugares comunes de la tradición, casi un sainete sin gracia. Todo este plato de arroz blanco con manteca y sin queso, servido de la forma más lineal y simplona. Nada nos convence menos que los personajes porteños, como si el autor conociera solo de oídas la cultura regional y sus peculiares obsesiones, sin hablar ya de la propia historia sangrienta de la terrible dictadura que asoló a la Argentina en ese período infame.

El lector llega a preguntarse y con razón, por qué no situó la acción en la Uganda de los monstruos que se devoran a los niños crudos o en Haití. Hubiera encarado la realidad con la misma fragilidad que estas páginas rebelan, con la misma liviandad y superficialidad de quien escribe para una revista de modas y del espectáculo. Y no se trata de un espectáculo frívolo precisamente, se trata de la más cruel epopeya de destrucción que se ensañara contra nuestros pueblos por mandato del imperio del Norte, de los banqueros y manipuladores de Wall Street y del mercado protestante del armamento. Todo el mundo sabe sobre el tema lo suficiente como para que un novelista lo soslaye y lo evite con tanta liberalidad.

Gasto de tinta y papel para nada, o mejor, para ensoberbecimiento del escriba de turno, sea quien sea y se llame como se llame. Hábito deslucido y obsceno el de garrapatear páginas y engendrar híbridos insufribles absolutamente secundarios y condenados al mayor de los

fracasos así como a la más virulenta y justificada crítica de los especialistas.

A la hora de decidir si uno continúa leyendo o si se retira del escenario juegan muchas cosas, las suficientes para que siempre subsista la duda. La cruel duda que nos hace creer que al final las cosas se pondrán en orden, que un burdo y mínimo ejercicio de estilo dará paso a una novela con más estatura y prosapia.

Porque la esperanza es lo último que se pierde y lo único que casi nunca se pierde en este mundo. La verde esperanza de que las lágrimas y la sangre de los hermanos sacrificados no haya sido algo en vano.

Despreciables los autores que no utilizan el margen de poder que el arte literario les confiere para involucrarse hasta el tuétano con la causa de la historia. Tampoco es sensato confiar en la providencia de la inspiración, porque si existe, la invención pura a lo sumo puede cargar unas pocas páginas de un libro antes de levantar todo tipo de sospechas sobre la idoneidad y capacidad de investigación de su hacedor. Con la palabra no se juega a menos que uno sea un jugador consumado y esté exento de culpas gracias al arrojo que ensayó en todos sus hechos, a lo largo del tortuoso camino de la vida. De la vida que no son los libros de la gaya vanidad del pavo real.

Nada hay más doloroso que un puñado de personajes a la búsqueda de autor, especialmente si el autor vive en Groenlandia, escapado de la justicia y aprendiendo a hacer esculturas con hielo.

Y esto último es lo único verdaderamente cierto y vivencial de todo el claustrofóbico novelón.

Tres Inéditos asociados



Máquina de doblar la esquina

Y si fuera necesario enderezar las esquinas del barrio. Con este prototipo todos los caminos irán más allá de lo previsible, serán más largos y más misteriosos.

Las casas y los edificios constituirán las mil líneas del horizonte. Los pozos de las calles, los agujeros negros de una peregrinación infinita.

Entiendo, pero prefiero emplear el dispositivo para doblar las esquinas. Para doblarlas una y otra vez hasta que la cuadra se convierta en un reducto seguro y mínimo que compartir con las orugas.

Tenga en cuenta que las orugas también pueden vivir en la calle interminable.

No es así: dejarían de ser las orugas que un día se alimenten de mi cadáver, en el clímax de la vida.

¿En la muerte?

Cuando el dispositivo me comprima y me triture completamente y le de pasto a las fieras. A las orugas.

El hombre tenía cuerda para rato

Pero un día se le acabó la cuerda.

Quedó el rato.

La vida son solo momentos, pero los hombres que son un rato no se estiman como actos de magia de la vida.

Del hombre nadie recordó una línea.

Pensaron que se fue muy lejos a buscar trabajo.

Virtualmente, el hombre tenía cuerda para buscar trabajo.

Era cuestión de convertirse en momento y de pasar del rato, del mal rato y del otro hombre.

Del hombre invisible.

Del hombre como tizne.

Del humo del incienso que viene de lejos, de alguna de las casas donde los hombres mueren de viejos rezando el rosario.

Pudo ser peor

Pero el automóvil le pasó cerca.

¿Y si volvía para atropellarlo?

Salió corriendo.

El automóvil también corría.

Y aunque se iban alejando, era como si fatalmente se fueran a encontrar al final de la ruta.

El hombre dejó de correr y se puso a pensar cómo podría evitar ser atropellado.

Pensó que la ruta era para los autos.

Se apartó.

Tomó por los campos azules.

Entonces cayó del cielo.

No lo atropelló, con exactitud lo aplastó.

Murió sin saber si había sido un automóvil.

O el recurrente temor de morir atropellado.

La cabeza del demonio

Era una casa pequeña en una calle tranquila. Los vecinos no sospechábamos nada. Solo sentíamos los gritos de la criatura y nos pusimos a rezar. En la calle había dos templos evangélicos y la gente se pasaba la vida yendo y viniendo a las reuniones religiosas. Así que oír gritar a la criatura nos dejó a todos mudos.

Débora me agarró de los pelos y me dijo que teníamos que hacer algo, así que salimos despedidas por el susto en dirección a la casa pequeña, mientras los vecinos se ponían a alabar a Dios y a rogar por la salvación del alma de la criatura.

Después de empujar la hoja de la puerta solas las dos, logramos abrirla. Apenas al entrar vimos la escena en toda su dimensión: la criatura estaba sentada en el piso de tierra sosteniendo en la mano derecha la cabeza de un demonio. La cabeza era la que lanzaba los alaridos.

Yo no supe qué hacer, pero Débora, que está acostumbrada a vérselas cara a cara con el diablo, le arrancó la cabeza del demonio a la criatura, la llevó al baño y la arrojó en el inodoro. Con el palo de la sopapa la fue empujando, mientras la cabeza del demonio insultaba y la amenazaba, y así hasta que la cabeza maléfica se perdía río de excrementos abajo.

—No digas una palabra de esto a los vecinos —me dijo Débora.

—¿Y cómo les explicamos los gritos?

Débora fue a buscar una cuchilla a los cajones de la cocina y con la cuchilla le hizo un tajo en el brazo al pequeño. Lavó la hoja de la cuchilla y la devolvió a su lugar original mientras la criatura chillaba y lloraba.

Débora le curó la herida y la vendó.

El nene se quedó dormido de tanto susto y dolor.

Débora lo llevó a la cuna y lo arropó.

—Ni una palabra de todo esto —me ordenó.

Salimos. Los vecinos rezaban en la calle, arrodillados.

Atravesamos la calle y nos despedimos.



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón



Miré a Débora por última vez, fue la última vez que la vi.

Se fue por la calle hacia el bajo, se fue riendo.

Reía como loca.

Yo pensé en la cabeza del demonio.

El tesoro del fin del mundo

Hubiera preferido montar en el zaino y escapar a través del campo y olvidarse de todo, del estúpido incidente del incendio en el aljibe, nada menos que en la boca del aljibe. Pero era demasiado tarde para enfrentarse con la vida.

Como todas las tardes, se había apeado del zaino y había llegado hasta el rancho del compadre Inocencio a prosear y a compartir unos mates.

Y como todas las tardes, al pasar junto a la boca del aljibe, había arrojado el pucho que tenía entre los labios al interior del pozo. Lo que no ocurrió como todas las tardes es que el agua del pozo, o el gas del pozo o vaya a saber uno qué cosa del pozo, se prendió fuego.

Sintió miedo, miedo de secarle toda el agua a Inocencio, el agua o el gas o el petróleo o lo que fuera. Pero también pensó que le debía una explicación. Durante años había arrojado un pucho al pozo todas las tardes a esa hora. Podría haber ocurrido que el pozo estuviera seco desde hacía mucho tiempo y que además estuviera lleno de puchos hasta el tope y que lo que en realidad se hubiera encendido fueran los puchos.

Ya era demasiado tarde para averiguarlo, no tenía más remedio que golpear las manos, como todas las tardes, y esperar a que Inocencio le abriera la puerta del rancho.

Pero por más que golpeó las manos, Inocencio esa vez no salió.

Algo raro estaba ocurriendo en el rancho y en la vida de Inocencio, por lo demás, una vida sencilla y austera, absolutamente carente de altibajos y de excitación.

Se arrimó a la ventana para mirar. Solo se veía humo, un humo negro en el interior. Curiosamente el humo negro no se escapaba por ninguna hendidura, estaba apresado en el vientre del rancho.

Sin comprender lo que ocurría, decidió volverse al poblado para dar la noticia.

Cuando fue por su caballo, no lo encontró donde siempre. Solo quedaba un cadáver de zaino moruno absolutamente calcinado, echado en el

suelo, desparramado como cenizas de chimenea, pero con forma de caballo.

Sin pensarlo dos veces, dio media vuelta y se echó a correr. Hubiera preferido haberse alejado del rancho del compadre Inocencio sobre su caballo zaino, pero ahora no tenía otra opción que salir corriendo.

Pero también era demasiado tarde para eso: el campo era por completo una gran llamarada. El campo, los árboles y hasta el camino por el que venía hasta el rancho de Inocencio todas las tardes.

Tenía los pies y las manos quemados y llagados, y todo el cuerpo sudoroso. Iba a morir, iba a morir en una gigantesca pira funeraria, incinerado. Pero antes de morir quiso disfrutar del último pucho.

Lo armó. Sacó el fósforo y lo encendió. La pólvora no le obedeció. Lo arrojó sobre un matorral en llamas junto con un insulto. El matorral, en contacto con el fósforo, se apagó súbita y mágicamente.

No entendía muy bien qué había ocurrido, pero estaba claro que esa era la solución.

Uno a uno extrajo unos cuantos fósforos de la caja y los fue arrojando para apagar las llamas y abrirse paso.

Cuando a eso de las cuatro de la tarde estuvo suficientemente lejos de la pira funeraria y del rancho de Inocencio, guardó la caja de fósforos en el bolsillo de la camisa, con unas pocas cerillas sobrantes, y enfiló hacia las casas.

No sabía qué le esperaba más adelante. Sólo ansiaba llegar a su guarida.

Tenía una esperanza guardada en la manga.

Muchas cajas de fósforos en la casa.

La cuestión era que más adelante, en la dirección en que avanzaba, el desatino de Dios se hubiera acabado. Al menos que los fósforos que llevaba en el bolsillo alcanzaran para apagar el fuego, el previsible fuego del mundo y entrar por las otras cajas de fósforos.

Los otros fósforos estaban en el interior de su casa: con seguridad el fuego jamás alcanzaría la última guarida de la vida, la de las trescientas cajas de fósforos marca Patito, que desde hace tantos años juntaba religiosamente sobre la Singer de su finada madre, como quien colecciona toda la vida todo tipo de cómodas alpargatas.

La orden

Para que se portaran bien les ordenó que se subieran a la azotea y que desde allí remontaran sus barriletes. Eso sí, de una a cinco de la tarde.

Pero la buena fortuna duró poco, un barrilete se disparó y el más pequeño saltó por él.

El barrilete se perdió de vista.

El más pequeño también.

La orden tuvo prisa.

La prisa no tiene ningún orden.

El gran reflujo

El reflujo de los jugos gástricos escapó por la boca del inmundo.

Arrastró islas y atolones, hundió fragatas, botes y piraguas.

Avanzó sobre las costas bajas y destrozó todo cuanto encontró a su paso.

Centrales nucleares fueron desoladas, ciudades enteras, pueblos y regiones.

El planeta entero bajo el reflujo asqueroso.

Y todo ocurrió sobre la cama.

El sueño, los sueños

La montaña gigantesca y ocre se levanta sobre sus patas.

Es algo demasiado grande para la fuerza de un hombre que recién está comenzando a reconocer los límites.

Acaso si la montaña se deshiciera al intentar abalanzarse sobre aquel que sostiene la tea encendida, o que otra montaña igualmente indomable cobrara vida y la enfrentara en una pelea a muerte, mientras el hombre con la flama busca refugio en la selva descomedida.

Pero es tarde y la montaña se mueve como un temor total acumulado en la mente de todos los hombres del clan. Los hombres del clan que han marchado de cacería y que le han dejado la custodia del fuego.

Tal vez la visión del fuego atemorizara a la montaña, pero es preciso obrar con cuidado: por nada del mundo se debe de apagar el fuego.

Los resoplidos de la montaña incorporada sobre sus plantas mueven la llama, parece que estuviera a punto de apagarse la razón última de la existencia.

Solo queda huir con la tea en alto, huir, atravesar los verdes insidiosos y eludir el aire y el suelo, los elementos de la destrucción.

Llegar a la caverna en la montaña que nunca se ha mostrado con ánimo de escandalizar a sus hombres. Escondarse en el interior de la montaña. Dejar la tea a buen resguardo. Acostarse. Despertar.

En el vientre de un animal colosal, de un animal universal que se mueve con mucha parsimonia.

Es seguro que la montaña de la caverna sagrada escapa de la otra montaña amenazadora con la preciosa carga humana, con el fuego, con todos los miedos.

El único problema es que los hombres del clan jamás sabrán dónde ha ido a parar la montaña electa.

Quizás se lo anuncie un sueño, remotamente; pero sin el fuego, sin la tea encendida, los hombres del clan se arrojarán al abismo uno tras otro, pensando que ya nada tiene sentido. Mucho menos la atroz y despótica oscuridad universal.

La cabra y la raposa

—¡Heriberto! ¡La yegua ha parido una cabra!

—¿Y de qué te asombras, mujer?

—¿Cómo de qué me asombro? ¿Dónde se ha visto que una cabra nazca de una yegua?

—¿Y tu hija? ¿Acaso no diste a luz a una zorra?

—¡Ni me la nombres!

—Pues es cuestión de hacer números: una cabra es una cabra. ¿Acaso una cabra no es mejor pasta que una raposa?

—Toda la vida, mi viejo.

—Entonces agrádecele al cielo que te hayan compensado con una cabra por la lepra de una hija mugrosa y enviciada como las conejas del monte.

—Sí, gracias al cielo nos mandaron una cabra.

—Con otro pizco de fe, le sigue una vaca lechera.

Cuestión de tamaño

Se puso a pensar mientras se hamacaba en la mecedora a la entrada de su rancho.

Si pudiera encoger al patrón de la fábrica, al capataz y a los oficinistas. Dejarlos de bolsillo. Del tamaño de una estilográfica. Si pudiera encogerlos, seguramente ya no lo basurearían todo el tiempo.

Y claro, ya que encogieron los monstruos lo suficiente como para convertirse en objetos manuales, también encoger el tamaño de los robots de la fábrica, de las horas de trabajo, de las tareas. En fin, pensaba qué gran cosa sería encogerlo todo. Todo menos a Palmira, porque una mujer de tamaño natural tenía que existir para poder convivir saludablemente con los apetitos básicos de la naturaleza.

Un mundo del tamaño de un satélite meteorológico y una mujer grande, grande por todas partes, hambrienta y robusta, para que uno no dejara nunca de ver las estrellas.

Fuente con muchos alfajores

—Estoy de paso por la vida y de aquí no me voy a llevar nada.

La tía Amalia, con la fuente de alfajores en las manos, pensó que no iba a llevárselos consigo. Pero en lugar de preguntarle si se refería a los alfajores, se fue para la cocina y se sentó junto al fogón a lloriquear.

Sintió el golpe de la puerta de la calle. Se había ido.

La tía Amalia depositó la fuente de alfajores sobre su falda y esperó.

Esperó un minuto, cinco, diez.

Esperó hasta que le vinieran las ganas.

Las ganas de suicidarse.

Y cuando se decidió a suicidarse, comenzó a devorarse uno a uno los alfajores.

Sabía que se iba a morir, que el mozo objeto de su malestar y de sus más insanos dolores, no.

Que el arsénico y el veneno de matar arañas eran para ella y no para él.

Había que creer o reventar.

Había que reventar.

El peor cuento de este mundo

Es el peor cuento de todos. Nos pone cara a cara con un monstruo de baba y excremento, al que no nos animamos a reconocer como de nuestra propia factura, como nuestro monstruo interior, como a nosotros mismos pero sin las máscaras y los afeites del mercado. Parece un asqueroso orinal de una caverna de borrachos sobre el que además han escupido sangre y flemas y han dejado un papelote con un manifiesto poético absolutamente insoportable y fétido.

Pero es un simple cuento, un bordoneo de garabatos muy poco comprensibles; qué andrajos de dromedario, que carricoches de gomas de mascar y todo eso en manos de una compañía de cazadores de pulgas fantasmas. Hasta aquí el asunto parecería una simple mala memoria surreal, una vana ostentación de pedantería literaria y nada más, pero ocurre que las pulgas fantasmas sí existen. Es un hecho. Cobran realidad una vez que el lector se pone a leer el cuento.

Es una vieja obra de brujería medieval, un espanto, un lóbrego retorcimiento para alcanzar la más grosera notoriedad. Las alusiones a las obras paradigmáticas de la literatura negra sajona son solo coyunturales, utilitarias: en ningún momento el autor apela a la jurisdicción absolutamente preclara de ese reino de las sombras y las torturas atroces hechas con refinamiento de alabastro. Todo lo contrario, el cuento es mordaz, malévolo, lleno de pulgas fantasmas que atraviesan el espejo y se transforman en la marabunta. Porque de pulgas pasan a hormigas negras que se devoran todo a su paso. Y una vez que la casa queda desposeída, desnuda y a merced del invasor, la marabunta se vuelve lava, lava y cenizas del volcán Hudson del sur de Chile, de algún punto alto en el territorio chileno. Y el resultado de haber abierto el libro de cuentos en la página veinticuatro es o puede ser la misma muerte, la muerte de una familia entera, de un barrio, de una nación, de una generación de yuppies venidos a menos, en manos de analistas y de todo tipo de drogas benefactoras pero caras.

El título es otro engaño rapaz. Porque «La iglesia de Nuestra Señora», que en sí mismo no dice nada o casi nada, oculta una realidad más sórdida, si las hay, que aquella que abunda en los templetes alpinos o en los monasterios de la histeria colectiva de esos psicóticos matrimonios con Cristo y sin las burbujas de la champaña. Muy sórdido, verdaderamente uno descubre que viejas prácticas

escatológicas que ya creía absolutamente extintas, siguen a flor de piel, escandalizando a los hombres y a las mujeres de buena voluntad, más allá de las monjas de clausura y de las princesas cautivas en las torres de palacio.

Con todo, una vez que uno concluye la lectura del cuento —siempre que siga con vida—, las cosas vuelven a la normalidad: el perro bicéfalo ladra por el orificio de las tetillas como antes, el gato siamés no es más que una copia de otro gato que se le parece demasiado, y lo proclama maullando sobre la copa del árbol varias veces centenario del jardín, que en realidad es un árbol petrificado robado de un parque nacional a causa de una apuesta entre viejos camaradas de la universidad.

Las pulgas fantasmas desaparecen, pero lo que no desaparece es el escozor maldecible, la impresión de haber sido violado, violentado, sometido por una piara de palabras clandestinas absolutamente desatadas y desaforadas.

Por eso y solo por eso, uno se pone a escribir un libro de cuentos donde se asocien todos los desvalidos infelices que han caído víctimas de esta trampa, de esta y de todas las trampas. Pero aunque escribe historias y más historias con la fruición de un niño ante un pastel de arándanos, no consigue en ningún momento exorcizar el fantasma, los fantasmas de las pulgas, de la marabunta, de la lava del Hudson y de la conciencia del pérfido y ya mítico escritor que los parió.

Sagitario



En Sagitario el aspirante a la vida espiritual comprende el poder de la justicia y del silencio. El oficio terreno es escribir, el oficio celeste es comulgar en conciencia a través del silencio.

No es cuestión de abrigar duda alguna, pero hay todo tipo de lectores, terrenales y celestes.

Para algunos, un centauro se arrepintió de haber abandonado el Olimpo. Hizo todo lo posible por llamar la atención de los dioses, correteando por las laderas de las colinas sagradas, arrastrando un carro de combate sin auriga. Nadie le dio importancia. Indignado, el centauro embistió contra lo primero que se cruzó por su camino: una araña. Y después de que la hubiera aplastado ignominiosamente recordó que un centauro alguna vez en su existencia hace un voto de justicia. Así que subió hasta el Olimpo y se arrojó al abismo para dar su vida a cambio de la que había segado. Compadecidos, los dioses abrieron un profundo agujero en la tierra, más allá de la Tierra, en los cielos.

Mientras cae a lo largo del tiempo el centauro piensa qué felices son los muertos, cuán insoportable es la incertidumbre.

Qué privilegiados son los muertos que no claman por justicia, que callan porque solo los controlan los hilos celestes, los hilos de Sagitario, del águila, del mundo más allá del sueño.

El mundo al final de las palabras, del inaudito agujero negro.

Esto y aquello.

Para algunos lo otro, para los menos.

La privacidad de los payasos

Los payasos lloran en privado con la misma intensidad con que ríen en privado. La diferencia reside en que para ellos, incluso una actuación en la arena del circo, es algo absolutamente privado. Es privado ir al baño en solitario y subir a un bus atestado de inmigrantes vietnamitas que se equivocaron de siglo y de nación que defenestrar. Todo es privado.

Todo, excepto la muerte. Ellos saben que la muerte convoca junto a los restos del payaso a innumerables almas de niños muertos cuando se atragantaron comiendo palomitas de maíz en el circo, en tiempos en que él, él solo, hacía morir de risa a los más estúpidos desvalidos.

Desvalidos, pero perversamente curiosos y eternamente asociados.

Momias toltecas

El departamento de arriba junta leprosos y escrofulosos, los tiene apilados en los cuartos, compartiendo su desgracia, la crueldad del rechazo de la gente, la imposibilidad de rehacer la partida de ajedrez.

Van viviendo y van muriendo todos los días. Los cadáveres son escrupulosamente embalsamados y retirados en ambulancias con destino vaya a saber uno cuál. Los moradores del departamento de la planta baja sospechan que son vendidos como momias toltecas después de recibir un ingenioso tratamiento que seca los cuerpos embalsamados y los contrae a extremos inauditos.

Quiere decir que de alguna manera en el departamento de arriba se ha encontrado un negocio nuevo, un negocio en cierta medida prometedor y con mucho futuro, porque coleccionistas y amantes de la paleontología dispuestos a pagar unos cuantos centenares de miles de dólares por una momia tolteca legítima los hay y en todas partes.

Alguien especula con la posibilidad de momificar gallinas y perdices, y colocarlas en el mercado negro como momias domésticas de los clanes nahuales de una época no consignada ni documentada por los historiógrafos ni los antropólogos. Para continuar luego con tucanes y micos y papagayos. El negocio puede cobrar grandes dimensiones y especialmente es interesante porque el método para contraer los cuerpos embalsamados y darles la apariencia de vejez consiste, únicamente, en pasarlos por un horno de pan unguados en aceite de nuez. Y funciona, aunque el más escéptico de los mortales aduzca que con ese sumario procedimiento casero no se pueden obtener momias primitivas, la verdad es que funciona.

Uno piensa en su futuro cada tanto, en qué decisión tomará sobre su cadáver una vez muerto y piensa también que convertirlo en antigua momia tolteca puede dejarles unos cuantos pesitos a los familiares, especialmente a las tías, que lo han cuidado a uno toda la vida, como si lo cebaran para dejarlo en condiciones de servir de momia en el mercado negro de las clandestinidades preferidas.

No es tanto que uno dude por el simbolismo de la momia, por terminar convertido en momia. Uno duda porque las momias pueden ser vendidas una y otra vez, porque puede haber mucho dinero en juego y

las buenazas de las tías no verían un peso más después de la primera transacción.

De pronto con algún documento de redacción elusiva e ingeniosa se puede resolver el problema. Con un documento ingenioso que haga pasar el cadáver por chafalonías para reciclar, cartones o baterías peligrosas para el ecosistema. A nadie se la va a ocurrir abrir un contenedor lleno de desechos peligrosos como las baterías tan altamente contaminantes de la naturaleza. A nadie en sus cabales.

Solo es cuestión de tiempo y de ingenio. Porque nunca faltarán compradores de momias toltecas ni infernales hornos de pan encendidos a su máxima potencia.

Y lo que es más importante todavía y supera todas las cotas de la imaginación de un hombre enquistado en una ciudad moderna: porque las momias nos hablan directamente al corazón. Y nos revelan algunas verdades jamás pensadas. Las momias son como biblias sin un dios anciano y de barba oscilando entre el vaticano y el cielo, son un alimento sagrado para los aficionados a los métodos prácticos de la Nueva Era: una momia en el aparador quizás nos convoque a nuestra propia casa a los espíritus de los hierofantes, de los consagrados oficiantes del culto secreto, con todo lo grandioso, excitante y turbador que una visita de espíritus del pasado apareja para quienes vivimos en las jaulas de edificios de departamentos de alquiler, totalmente alejados de la verdadera Magna Ciencia.



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón



El culto a la inmediatez

—¡Se acabó!

—¡Pero si nos conocimos ayer!

—Para eso es el amor.



¿Es usted la reina de la Gran Bretaña?

—¿Es usted la reina de la Gran Bretaña?

No era la reina de la Gran Bretaña. Por el escote expectante y el postizo de cola de conejo. Porque el sombrerito tenía un espejo en el frente y en el espejo se veía un mar turbulento y una fragata hundiéndose.

Nunca se perdió un solo valiente en las aguas del mar del sur.

De lo contrario hubiera sido la reina de la Gran Bretaña.

Hay que vivir muy ansioso por encontrarse con la reina de la Gran Bretaña en el sur de la Argentina, para confundir a una muchacha disfrazada de letrina o de reina de la pequeña Bretaña o de ninguna de esas cosas. Y para ponerse a llorar por la obstinada negación que nos impone la vida a los que incluso amamos a la Gran Bretaña.

Irrefrenable tránsito

Después de todo, el parque ya no es el mismo. Ya no tiene el lago en el centro con sus ocas parsimoniosas como góndolas; le han quitado los cedros y los álamos y en su lugar han ubicado estatuas ecuestres de todos los héroes de estas nacionalidades del sur.

Ya no lo caminan los legionarios, legiones de viejos artríticos tomados del brazo, declamando la historia universal de la centena de parejas que se fueron muriendo poco a poco y que antes venían al parque por la tarde a pasear. Los enamorados jamás pensarían en intentar una expedición al infierno desde la grama azulejada de los canteros ahora poblados de rústicas plantas del desierto, de cactus y de plantas de mil y un enredos. Es cosa juzgada: en uno o dos meses este parque emblemático se transformará por completo no importa cómo ni en qué. Pero algo ya todos sabemos sobre el cambio.

Máquinas excavadoras destruirán el último verdor, las memorias y los suspiros, las conversaciones inteligentes y las baladíes. Y en su lugar comenzarán a construir edificios de oficinas para darle una salida más o menos decente al excedente de capital que entró al país, blanquear un poco las finanzas del estado y de sus socios particulares, con inversiones fastuosas, pisos a todo lujo y completamente robotizados. Tres hectáreas de empresas fantasmas, de las que vienen del golfo Pérsico después de haber abrevado de las copas frías de Shangai.

Es el tránsito consagrado, el irrefrenable progreso, la ambición más aprobada y privilegiada por el sistema. Total, conservar un parque para parejas de viejos tísicos, para que sufran con el frío del invierno, con el viento de la primavera y con el calor del verano, ya no. Eso sería absurdo. Al menos de ahora en más podrán aprovechar la moderación del clima del otoño para contemplar las torres portentosas y el movimiento febril del nuevo barrio. Como cuando veían las ardillas correr y saltar por todas partes e inundarlo todo con picardía y gozo. Es solo cuestión de cerrar los ojos, de imaginar y, sobre todo, de dejar de criticar.

Zozobras morales



Sol y viento.

Una ruta arruinada por la soledad.

El automóvil se detuvo en medio de la ruta.

Bajó de él un hombre alto y desgarrado. Quebrado moralmente.
Totalmente vencido.

Dudaba.

Dudaba mucho.

Se puso a hacer autostop.

Un Maverick rojo se detuvo unos minutos después.

Desde el volante un hombre rubio le gritó:

—¿Necesita ayuda con su auto, amigo?

El otro no respondió. Se acercó. Abrió la puerta del carro recién detenido. Entró y se sentó.

—Entiendo —dijo el hombre al volante—. Nos vamos.

Un instante de silencio.

El Maverick arrancó.

Unos segundos después un hombre desgarrado y flaco se acercó al automóvil estacionado en el medio de la ruta. Abrió la puerta y se sentó al volante. Arrancó.

El Maverick rojo no llegó nunca a ninguna parte.

El hombre flaco y desgarrado, después de dos minutos de zozobras morales, lo descartó. Eliminó sus dudas, suprimió la otra opción y partió.

El Cadáver de Krieger



—Fosco, el cadáver de Krieger en el ropero apesta.

—¡Se quedará allí! ¡No insistas!

—El pequeño Crauch tiene náuseas, Fosco.

—Pues, en ese caso, ve al jardín y arma una carpa para que tu hijo se quede allí.

—¿Va a tener al cadáver de Krieger mucho tiempo dentro del ropero?

—¡Hasta que su carne se pudra, la devoren los gusanos y sus huesos se partan y se conviertan en cenizas!

—Eso toma su tiempo, Fosco.

Fosco lanzó un escupitajo al piso.

Un gran escupitajo.

Park calló.

Salió con su hijo y con la carpa al jardín.

Armó la carpa.

Metió en ella a su hijo. Le dio tres bolsas de papas fritas y dos latas de bebida cola.

—¿Me voy a quedar aquí? —preguntó el pequeño Crauch, temblando de miedo y de frío.

—Es solo cuestión de uno o dos días —dijo Park—, puede que menos.

Y regresó. Cabizbajo y pensativo.

Todo pasa. También la eternidad.

La última bala en el tambor

La última bala esperaba en el tambor.

Augusto miró la pistola por última vez.

—Está bien —dijo.

—Es tu turno —le recordó Isaías.

—Está bien —volvió a decir Augusto.

Se puso de pie. Tomó la gabardina y el paraguas.

—Me voy a la planta nuclear.

Cerró la puerta de un portazo.

Llovía sin parar.

Isaías, Ramón y Marcel lo dejaron ir.

Era más lento o parecía más lento.

Pero era igual.

Las estúpidas apariencias.

Como la última bala en el tambor.

Cazadores



¿Qué busca el cazador?

¿Leones?

Sin embargo, les dispara a los niños de la tribu.

Les dispara con todo cuanto tiene a mano; con regulaciones internacionales, con capital y sin trabajo, con repugnancia y reluctancia.

Pero un día aparecerá la leona.

Y le saltará arriba a la gacela de verdad.

Los niños de la tribu solo existen en la memoria.

Y en nadie más.

Esa es casi toda la verdad.

A las gacelas les está reservado un jardín en el otro mundo.

¿Y quiénes saltan junto a las gacelas, felices y glorificados?

El cazador ya no dispara, se tragó un espejo y le cayó mal.

A veces el mal es la otra verdad de la selva.

Es hora de subir al altillo a encender el farol y a limpiar el cofre de los diez mil cerrojos. Hay que cuidarse de las apariencias.

Comemos para agradar a Dios

No nos sentamos a la mesa para satisfacer un apetito primario, ni para experimentar con los diez mil sabores y aromas de la comida. Lo hacemos para agradar a Dios.

Comenzamos temprano. Es domingo y hemos asistido al oficio religioso en la casa de Dios. Ahora llegó el turno de la alabanza. Nos proponemos alcanzar la más pura comunicación con el Señor por medio de los manjares que Él puso a nuestra disposición sobre la faz de la tierra.

Bebemos y comemos a nuestras anchas en silencio. En completo silencio, porque el proceso va por dentro, el proceso que facilita la comunión con el Altísimo. A medida que nos vamos entonando y satisfaciendo con los alimentos, se va abriendo la hendidura que nos comunica con la mente divina, que en realidad es como un gran estómago capaz de discernir todas las cosas y providenciar el triunfo de las más bellas y amables.

Desde nuestro estómago al estómago divino, que es la mente divina, circulan infinidad de corrientes intestinas ocultas, que llevan mensajes de adoración, de alabanza. Solo buscamos halagar al Señor, agradarlo, ser bellos y robustos ante sus ojos universales.

Naturalmente, nuestra obesidad nos transforma en elegidos, en discípulos avanzados, en pastores de sus rediles de almas. Y como pastores obesos, hacemos correr a las ovejas ignorantes, moverse rápidamente hasta la cocina para traernos nuevas viandas y bebidas. Un ejército de escuálidas almas nos sirven a toda hora, sirven a Dios, y nuestra esperanza es que, con el tiempo, resignen sus tendencias sensuales y se entreguen a la ingesta ceremonial tal como ahora hacemos cada uno de los pastores. Que abracen la gordura piadosa, que realicen la cintura celeste del Salvador.

Solo cuando recurrimos a las letrinas nos mostramos solemnes y austeros. Porque sufrimos intensamente por dejar escapar una parte preciosa de los tesoros de la naturaleza, pero eso es asunto del demonio que metió la cola y que hizo que nuestras colas lo celebren con asquerosa exasperación.

Solo la renovable mesa de la celebración eucarística nos aparta, por momentos, de la noción penosa de la presencia amenazante del demonio, de sus flatulentas risotadas y de sus escandalosos torbellinos.

Pero este mundo no es el reino de los cielos, de modo que hacemos de tripas corazón y nos imponemos el seguir alabando a Dios, al Dios que creó cielos y tierras y mares y todas las legiones de productos para la mesa, comiendo sin parar, cada domingo del año, cada domingo de nuestra vida, hasta alcanzar la esfera superior, la esfera radiante de la obesidad total.

No más cuidados narcisistas y dietas paganas.

No más glamour y exhibicionismo hedonistas.

Obesidad piadosa.

Un lugar sabroso y relamido para siempre en la bien provista corte de los milagros.

El estado sublime del amoroso servidor.

El grave problema de los escribanos



Un penacho de humo azul se eleva sobre la corteza occipital de la pensante ciudad de las prisas móviles.

—Están quemando todos los bolígrafos. ¡Todos los bolígrafos! Ha nacido una nueva sociedad de indignados.

—Así no lo lograrán jamás.

La nube se transforma en una noche azul, impenetrable y espesa.

—Observa: ahora ya nadie podrá firmar los documentos y las escrituras.

—Los escribanos tienen lapiceras y fuente de cargas de tinta. En general, no utilizan bolígrafos.

—¡Es cierto! ¡No tuvimos en cuenta ese detalle! Es necesario deshacernos de la tinta china.

La nube azul no se disuelve.

Se podría escribir sobre ella un epitafio. Por ejemplo, con tinta china, con sangre de notarios y de avaros, y de banqueros...

Pero los revolucionarios piensan en todo, solo que no lo hacen de todos los modos posibles.

Así que, en unas horas, ríos de tinta china irán a morir al mar; como las vidas de los compradores, de los inversionistas; como las vidas de todos los mortales impuestos del juego funambulesco societario.

Puede que los escribanos tengan la solución al problema: nadie los ha derrotado jamás.

Inmensidad, intensidad



—No hay mucha agua.

—Casi ni hay agua.

—Entonces, no es un barco.

—¿Un barco fantasma?

—¡En este basural no hay barcos fantasmas! ¿Hay fantasmas de todos los colores y fantasmas de verdad?

—Es que la gente arroja los desperdicios al mar.

—Y los fantasmas: con cada cosa que arroja al mar despacha la vida de un alma.

—Me parece que eso es un poco exagerado.

—¿Y cómo se explica que asome un barco fantasma sobre el basurero inmundo?

—¿En qué quedamos? ¿Es un basurero o es el mar?

—Si existe, la diferencia es solo verbal.

—¿Verbal?

—Sí, verbal.

—¿Quieres decir que se podría llamar al mar un gran basurero, un gigantesco basurero?

—Y al basurero un pobrecito y pequeñito mar.

—Pero hay un barco fantasma...

—Eso hace que un basurero sea la cosa más vulgar de todas. Un barco fantasma en un basurero es como una rosa en un pantanal.

Mariposas electrónicas



Me piden que triture a la mariposa.

¿Y eso para qué? ¿No es suficiente con cazarla en la red?

Me lo exigen a fin de que les demuestre mi total lealtad al proyecto central de la compañía.

¿El proyecto central?

Terminar con las vidas laterales y aleatorias de la naturaleza.

¿Y eso para qué? Suena cruel y estúpido.

La compañía tiene una buena cantidad de mariposas electrónicas, según dicen, mucho más atractivas que las reales. Precisa que nos deshagamos de todas las mariposas reales para que, en el lugar de ellas, introduzcamos las mariposas electrónicas.

¿Y cuál es la ventaja de ese invento? ¡No lo entiendo!

Las mariposas artificiales se pueden emplear también como muñecas inflables. ¿Entiendes?

¡Me parece un soberano disparate!

Una vez que las inflas, las muñecas actúan como una muchacha de verdad. ¡No te imaginas!

¡Es algo repugnante!

Solo cuando se vuelven orugas.

¿Se vuelven orugas?

Por unos pocos días, después se convierten en crisálidas y, en poco tiempo, nuevamente en mariposas electrónicas. Son eternas.

¿Y eso para qué sirve?

Quizás para que nunca falte el amor.

¿Para que nunca falte el amor?

Eso dicen los entrenadores de la compañía.



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón



¿Y tú te crees ese disparate?

Es que yo ya me he enamorado de la mía.



Es un simple desmayo, doctor



Y me ha tomado verdaderamente por sorpresa, puesto que no estoy enferma de nada, ni soy una majadera de los mil demonios.

Estoy entera y dispuesta a todo, como las leonas desesperadas por cazar a su presa.

Es un simple desmayo, con el aditivo de un poco de espuma verde saliendo por las orejas. Pero tengo una buena explicación para todo eso: resulta que yo soy experta en imagen pública, aconsejo a los políticos y a los hombres de nota. Seguramente algún exceso con los colores de las corbatas y de las moñas vino a parar en las orejas; una nunca sabe cuál es la medida adecuada para prescribir corbatas y moñas verdes. Es seguro que no se trata de un síntoma de una enfermedad extraña ni de una señal que denuncia que fui abducida por una nave extraterrestre.

Y no hay nada más, no tiene sentido continuar en la clínica departiendo de bueyes perdidos. Si usted me da el alta le juro que no vuelvo a molestarlo por lo menos por diez años. Tengo tanto trabajo —gracias a Dios— que calculo que, de aquí a diez años, voy a tener que hacerme un recauchutaje de pies a cabeza. Y si para entonces usted sigue con vida, pues, el caso es que voy a venir a molestarlo con alguna novedad debajo de las axilas, algo distinguido, un síntoma de aquellos de los que ya no se ven por ninguna parte

Eso es todo, gracias por todo; le pago a la secretaria, descuide.

Ya me voy, doctor.

Hacemos una tregua de diez años y entonces sí lo vengo a ver por algo que valga la pena.

A propósito, doctor, me olvidaba, ¡qué distraída que soy! Dígame la verdad, ¿cómo está usted de salud?

Sepultados



—¡Se cayó el techo de la mina!

—¿Quedaron sepultados?

—¡Hay que correr a decírselo a las viudas!

—No tienen viudas, son tres hombres muertos, siempre fueron tres hombres muertos, como que son tres hermanos solos. Como tres arbustos en el desierto.

—¿Y no tienen a nadie en el mundo?

—El mismo perro y el mismo pozo.

—Nadie va a querer al perro.

—Es una pena que se mueran sin haber conseguido limpiar el pozo. ¿Se da cuenta?

—¡Es una tragedia!

—Siempre fue una tragedia.

—Nadie va a querer el pozo.

—A veces es mejor que uno se muera del todo aunque no haya conseguido limpiar el pozo.

—¡Si al menos uno se muriera limpiando el pozo!

—Sí, compadre, al menos si uno se muriera en el pozo.

—¡Parece mentira la importancia que tiene un pozo!

—Como que si uno no tiene un pozo no respira.

—Nadie puede respirar cuando se le cae el techo de la mina encima.

—Hay que olvidarse de todo y buscar al perro.

—¿Y eso para qué?

—Para que se muera de pena lejos del pueblo, para que no se vuelva un perro contagioso.



Cuenta Claro

Manuel Arduino Pavón



—¡Muy cierto!

—Hay que llevar al perro al desierto y dejarlo penar solo.

—Como los tres hermanos.

—Como las tres viudas que nunca fueron.

Lluvia y murciélagos



Tener sed, mucha sed.

Una sed roja, una sed de mandíbula de lagarto, sed de cáscara seca, despiadada sed de viento negro.

Y en la cueva, al menos el frescor da un respiro; pero no hay agua, no hay agua goteando en el fondo cóncavo y quedo, entre los esqueletos apiñados de una compañía de soldados.

Pero una voz viene de lo alto, un tronar consolador que, de alguna manera, evidencia que le han puesto los ojos encima los ángeles del cielo.

Una sed revulsiva, una sed de petróleo, sed de cuentas de vidrio agrupadas sobre una fuente de cerámica caliente.

Y cuando la lluvia rompe el hervor y se lanza sobre la tierra, salir al exterior de la cueva, mirando el cielo, con la boca bien abierta.

Una boca de cíclope victorioso, una boca de volcán apagado, boca de cráteres de la luna.

Y el agua de la lluvia llenando la boca y penetrando por los tubos hasta el final del árbol de la vida.

Y permanecer bajo la lluvia con la boca abierta, hasta que duela el cuello, hasta que sea imposible mantener la postura, mirar el cielo, beber del río, absorber el tiempo.

Y cuando la lluvia para, cuando la sed se atempera y da paso a un borboteo en el vientre, un borboteo de hambre viejo, regresar al interior de la cueva y ponerse a calcular.

Cuando calcular con el habitante del pecho es como una forma lateral de rezo.

Calcular, un rezo.

Porque lo que subsiste es el hambre, el hambre que borbotea en el vientre.

Hambre de anémonas maravillosas, hambre de cualquier tasajo deletéreo, hambre sin nombre, hambre de sustancia peregrina como la consolación de la higuera cuando verdea.

Y, en la cueva seca, a solas con los esqueletos viejos, sin siquiera un saltamontes o una larva, buscar reparo en el cielo.

Porque solo cuenta el cielo.

Si acaso lloviera queso, pan y queso, unas fetas de jamón, plátanos y dulce de guayaba, si lloviera alimento del bueno.

Y entonces puede que del cielo manden otro aviso y los truenos preludien el gran acontecimiento.

Para salir al exterior de la cueva y abrir la boca y masticar, masticar duros y negros murciélagos, masticar crujientes murciélagos hasta quedar completamente ebrio.

La ebriedad, el vientre satisfecho.

Ebriedad de duros negros murciélagos, de tantas gotas de sangre, de tanto alcohol en el desierto.

Murciélagos providenciales, murciélagos que cubrieran el cielo.

Al menos si el cielo nos diera pan y nos diera murciélagos.

Puede que los de, puede que lo de todo.

Solo la fe un día creará los murciélagos del cielo.

El regreso del viejo gato gris



Marina vio un gato viejo deslizándose sigilosamente sobre el tejado de la casa de enfrente y pensó que su padre había vuelto. Las manos de su padre, la lengua, las cosas oscuras de su padre. Así que corrió a refugiarse bajo la cobija mientras le rezaba al ángel de la guardia pidiéndole que el gato gris se volviera por donde había venido, volviera a la cárcel del condado, adonde debía vivir con otros gatos como él, con gatos carroñeros, sedientos de cosas sucias.

Después de un rato, Marina salió de la cama y regresó a la ventana de su dormitorio a observar si el gato gris de la noche se había ido para siempre.

Todo indicaba que se había marchado lejos, de regreso por el camino negro hacia la prisión del condado. Pero una mancha borrosa parecía sugerir que quizás no anduviera solo, que acaso el gato gris nauseabundo anduviera de cacería con alguien más, con otro gato pestilente como él o simplemente secundado por sus malas intenciones.

Marina se asustó hasta las tripas.

Pasó por el baño como un relámpago de miedo.

Corrió de regreso a la cama, a refugiarse bajo la blanca, verde y roja cobija de la cama.

Se cubrió la cabeza mientras rezaba, mientras le pedía al ángel de la guardia que el gato mugroso y su camarada se fueran lejos, bien lejos y que la dejaran en paz a ella y también a las otras niñas buenas como ella, a las nenas que jugaban con muñecas que se les parecían hasta en la forma de cerrar los ojos cuando se las inclinaba.

Casi podía oír los movimientos sigilosos de las dos sombras que eran una, por encima del tejado de la casa de al lado, casi podía sentir el olor hediondo que le salía por todo el cuerpo al gato gris de su padre, casi podía adivinar que corría algún tipo de riesgo mientras su cabeza hiciera esas raras asociaciones, casi podía jurar que el gato gris se estaba acercando. Muy cerca, cada vez más cerca, como el dolor de cabeza cuando avanza sin control derribando todo a su paso.

Temblando, Marina se aferró a su amado ángel de la guardia, al ángel protector, al ángel que protege a las niñas a quienes sus padres

confunden con señoritas de labios pintados, al ángel que la nana le había enseñado en un cuadro de un pintor italiano que apostaba por las niñas. Un ángel gordo y seguro de sí mismo.

Casi había conseguido tranquilizarse, convencerse de que todo estaba en su lugar, creer que el gato gris y su sombra se habían marchado para siempre, casi lo había logrado, cuando oyó que con gran sigilo, alguien muy gris, un gato terriblemente gris abría la puerta del dormitorio y avanzaba, alguien que ella asociaba con la caca fresca en el inodoro, alguien que no podía distinguir una tormentosa cereza empapada en alcohol de una muñeca pequeña y con los ojos cerrados, húmedos y nublados por el humo del azufre del infierno.

Ellos, los que aplauden

Tan vieja como el mundo y el escenario, la claqué adquirió una fama merecida como simulacro organizado y taimado engaño público. Un puñado de señoras y señores que no saben leer siquiera las pizarras de las fondas, son contratados para aplaudir a rabiar a cualquier miserable tramposo que sube al retablo a escenificar una doble farsa a la que hace pasar por obra de arte.

Pero es necesario no juzgarlos con excesiva dureza: objetivamente la claqué está conformada por un montón de depresivos, que de no tener semejante empleo, irían muriendo por los caminos como la suela de las botas, sin que a nadie le llamara verdaderamente la atención.

Todos los lunes en una oficina azul del centro de la ciudad, entre las nueve y las once de la mañana, los reciben, los entrenan y los reclutan y luego los envían de gira por el país detrás de las compañías de teatro o de los artistas populares emergentes. Apenas si cobran unos pocos duros, pan y habas y algún sorbo de vino tinto cuando el éxito de la compañía así lo justifica. Viajan en transportes obsoletos, en burro muchas veces, en carro o en viejos autobuses destartados dentro de los cuales pasan la noche e incluso hacen sus necesidades.

Antes de la hora señalada para la función, los ponen a hacer ejercicios respiratorios y a escuchar música de Mozart, puesto que se sabe que este gran compositor alimenta la alegría y el entusiasmo como nadie, algo asaz imprescindible para aplaudir sin medida escenas insufribles y comediantes deplorables. De todos modos, la claqué no está constituida por aficionados selectos del noble arte de la dramaturgia o de los conciertos; simplemente son mercenarios, reclutas civiles que de otra forma no alcanzarían a obtener el dinero, el diezmo que se hace preciso para sobrevivir.

Pero la claqué no habla, no murmura, no protesta, no impugna ninguna de las decisiones de los organizadores, simplemente calienta las manos y los pulmones, pide bises y hace sonar aplausos de todos los timbres y colores, bajo la espléndida complacencia de los artistas de pacotilla, ufanos por tener semejante afición consecuente en cada uno y en todos los pueblos que la comitiva toca, en una marcha proletaria por el mundo más allá del ejido de la gran vía.

Cuando algún integrante de la claqué se enferma o muere, pues lo dejan abandonado a la vera del camino, para que siga su propio proceso de la forma como mejor le cuadre. No importa mucho si abandonar el individuo al costado del camino puede terminar con su vida, de alguna manera los organizadores entienden que la vida de estos parásitos esclavos ya está terminada desde hace mucho tiempo, que no sirven para mucha cosa, que el darles trabajo, el trabajo en la claqué, es una obra de caridad, una verdadera obra de humanidad y, con estos pensamientos pronto se olvidan que arrojaron un escrofuloso que escupe sangre bermellón en el camino, una tarde de lluvia impía cargada de rebuznos y bostezos.

Los caminos de la patria están llenos de esqueletos de estos peregrinos abandonados y a nadie le llama la atención este detalle: a nadie le llama mucho la atención puesto que, todos en la nación, están perfectamente informados sobre estas prácticas dentro de las compañías que representan a nuestros clásicos a lo largo y ancho del mapa. Y a nadie le importa demasiado recoger la osamenta de un infeliz integrante de alguna de las numerosas claques que atestan los caminos. Da igual, de todas formas se iba a morir, y seguro que se iba a morir de desgano, de abandono, de depresión y de olvido.

Al menos el participar de una celebración como estas parece una forma de gratificación mucho más valiosa que el puñado de monedas, el pan duro y las habas que les arrojan al final de cada actuación.

Tienen las manos tan rojas y gastadas de tanto aplaudir que algunos de ellos han aprendido a hacerlo con las plantas de los pies o con los pabellones de las orejas contra el cráneo. Sorprendentemente el ruido que producen con las plantas de los pies y con las orejas no le va mucho en zaga al de las manos. Y en esta habilidad, en esta destreza especial se finca su condición humana. De no ser por cosas como esas, nadie diría que la claqué está conformada por verdaderos seres humanos, ni siquiera por seres vivos.

A muchas personas siempre les pareció que la claqué era un grupo de cadáveres animados, de muñecos a cuerda, nada más que cosas sin vida y sin sustancia. De modo que no es para nada relevante gastar más tiempo y dinero procurándoles una mayor notoriedad de la que ya alcanzaron a lo largo de toda la historia, por los servicios prestados.

Una forma elegante de considerar a la claqué es como parte del personal de utilería, como un segmento, como una sección más de la compañía de arte y sobre esta cuestión se dejaron oír algunas voces hace ya veinte o treinta años. Pero rápidamente fueron acalladas: no

sea cosa que algún día a la claqué se le ocurra pensar que existe de verdad, que son verdaderos seres humanos dotados de juicio propio y de razonamiento y por consecuencia de derechos.

Y si llegara ese día, si ese día terrible llegara alguna vez, pues entonces ya nada sería igual.

Habría que pensar en alguna otra forma de contagiar la euforia y de manipular emocionalmente a tantos mediocres aldeanos que se duermen en sus butacas mientras sueñan con el heno y el porquerizo limpio, a lo mejor con una fuente de nueces junto al fuego para engañar el estómago.

Algo nuevo habría que hacer y nadie sabe cómo hacer algo nuevo que cueste lo mismo que lo viejo, nadie sabe cómo pergeñar algo nuevo que sea estrictamente igual.

La carga



El jorobado no saluda, no saluda a nadie, marcha con su bronca a cuestras y no se ocupa de menesteres menores como el de repartir el buenas tardes y confrontar su propia y lánguida sonrisa con las sonrisas de los trashumantes insensibles no tocados por ninguna artera señal de la naturaleza.

A eso de las cinco se sienta junto a la puerta del bar, sobre un cajón de verdura, y se pone a vocear sus versos del otro mundo.

La gente le deja unas monedas para que no los moleste —ni la conciencia ni la voz estridente del escualo— y no se detienen a celebrar la vena lírica del esmirriado hombre antojadizo. Porque fue por un antojo que nació jorobado, antojo de melón en pleno invierno, cruel antojo de madre desproporcionada, estúpida y egoísta.

Cargar con un melón concebido con las babas del galanteo y con la mochila del mundo no es cosa fácil, pero al menos vender largas farragosas poesías en el cajón junto al bar, supone una cierta perfección en la mueca constante que ensaya la vida.

Nunca nadie se detiene a conversar con el jorobado, quizás porque en nuestros pueblos latinos existe la creencia de que los contrahechos son almas de baja estofa, inclinados a todo tipo de vicios secretos y de muy mala sangre. Doble o triple la carga con la que avanza por la vida un hombre de su rala estatura, la prejuiciosa vida de las mujeres nacaradas y de los varones en zancos de cuero negro, trajeados como de domingo y a punto de dar el gran golpe del día.

Un jorobado no da grandes golpes ni tiene grandes días, pero la hermana almizclera poesía lo consuela y lo transporta ocasionalmente hasta el jardín de las delicias, donde por un momento las jorobas se desprenden de los cuerpos y se van a retozar, a saltar y a jugar unas con las otras: pobrecitas las incomprendidas jorobas.

Son solo unos minutos sin joroba gracias a la poesía y eso es más de lo que mucha de esa gente anodina podría jamás llegar a suponer. No, es imposible pedirles que se pongan en el lugar de él, un contrahecho con alma de doncel de fuego: aunque el más sabio de los hombres se los pidiera, ellos continuarían yendo y viniendo de un lado para otro sin prestarle atención, mientras él se deshace declamando sus versos

ríspidos y grumosos, como la contextura de su cuerpo desobediente, como la topografía del cuerpo del mundo.

Al menos el mundo está cubierto por jorobas de todos los tamaños y recibe la veneración y el asentimiento de la mayoría ruidosa, que los jorobados morales, los que esquivan las cosas de todas las horas tienen bastante carga para soportar desde la cuna hasta la sepultura.

A las siete o siete y media de la tarde, el jorobado recoge sus papeles y su cajón de verdura y baja al sótano del bar, adonde tiene su oscura y húmeda guarida en condominio con las ratas.

Se pone a contar las monedas, algún billete suficientemente arrugado, a ver si esta noche le alcanza para comer un filete bien jugoso en el bar que lo aloja, mientras el mundo lo desampara prestándole la más abyecta y evasiva atención al eternamente despierto y atizado enano escondido en el interior del inodoro televisor.

Desde otro punto de vista quizás no sea tan mala

Porque la esperanza es lo último que se pierde y lo único que casi nunca se pierde en este mundo. La verde esperanza de que las lágrimas y la sangre de los hermanos sacrificados no haya sido algo en vano.


Despreciables los autores que no utilizan el margen de poder que el arte literario les confiere para involucrarse hasta el tuétano con la causa de la historia. Tampoco es sensato confiar en la providencia de la inspiración, porque si existe, la invención pura a lo sumo puede cargar unas pocas páginas de un libro antes de levantar todo tipo de sospechas sobre la idoneidad y capacidad de investigación de su hacedor. Con la palabra no se juega a menos que uno sea un jugador consumado y esté exento de culpas gracias al arrojo que ensayó en todos sus hechos, a lo largo del tortuoso camino de la vida. De la vida que no son los libros de la gaya vanidad del pavo real.

Nada hay más doloroso que un puñado de personajes a la búsqueda de autor, especialmente si el autor vive en Groenlandia, escapado de la justicia y aprendiendo a hacer esculturas con hielo.

Y esto último es lo único verdaderamente cierto y vivencial de todo el claustrofóbico novelón.

El lector llega a preguntarse y con razón, por qué no situó la acción en la Uganda de los monstruos que se devoran a los niños crudos o en Haití. Hubiera encarado la realidad con la misma fragilidad que estas páginas rebelan, con la misma liviandad y superficialidad de quien escribe para una revista de modas y del espectáculo. Y no se trata de un espectáculo frívolo precisamente, se trata de la más cruel epopeya de destrucción que se ensañara contra nuestros pueblos por mandato del imperio del Norte, de los banqueros y manipuladores de Wall Street y del mercado protestante del armamento. Todo el mundo sabe sobre el tema lo suficiente como para que un novelista lo soslaye y lo evite con tanta liberalidad.

Gasto de tinta y papel para nada, o mejor, para ensoberbecimiento del escriba de turno, sea quien sea y se llame como se llame. Hábito deslucido y obsceno el de garrapatear páginas y engendrar híbridos



insufribles absolutamente secundarios y condenados al mayor de los fracasos así como a la más virulenta y justificada crítica de los especialistas.

A la hora de decidir si uno continúa leyendo o si se retira del escenario juegan muchas cosas, las suficientes para que siempre subsista la duda. La cruel duda que nos hace creer que al final las cosas se pondrán en orden, que un burdo y mínimo ejercicio de estilo dará paso a una novela con más estatura y prosapia.

Es insólito que a esta altura de la historia de la literatura se escriba una novela con tan escaso como descuidado tratamiento de los paisajes, de los interiores, sin descripción alguna del contexto, sin colores, aromas, ni sabores; algo tan híbrido y fortuito, escrito a trazos desaliñados, como corriendo por terminar la narración aun antes de que la misma se haya iniciado del todo.

Las referencias a los procesos históricos son escuetas y laterales, poco comprometidas; parece que el autor empleara algo dramático y tortuoso de la historia de nuestros pueblos como un escenario banal, sin ninguna trascendencia, solo como un telón de fondo al paladar de la legión de lectores que han padecido de verdad las zarpas del desafuero social. Las graves omisiones a personalidades reales, de carne y hueso, vuelven a la narración hueca y completamente desvalida, como si estuvieran escribiéndola por compromiso, para causar la impresión de que el autor está o estuvo implicado alguna vez con el destino de los pueblos de nuestra América austral.

Es poco creíble la Montevideo de los setenta, del siglo pasado, y mucho más cuando se la esconde debajo de una anécdota coyuntural y solariega, atrocemente demacrada y anoréxica. Una verdadera lástima que se desaproveche la oportunidad, que ofrece el ejercicio de las letras, para denunciar con nombre y apellido a los gorilas y a sus secuaces; a todos quienes estuvieron implicados en la gran tragedia del Uruguay, del siglo pasado. Y mucho más todavía la ignorante y elíptica Buenos Aires, sumergida en un refugio, en una caverna previsible, como tantas cosas preVISIBLES que jalonan las peores piezas del arte novelístico explotado por mercenarios del mundo editorial.

Y qué decir de cada uno y de todos los personajes. Absolutamente espectrales e inconsistentes, sobras de un plato de albóndigas descompuestas.

Camus solo tiene el apellido y una rara vida de ratón de vaya uno a saber qué logias; parece un teósofo u otro tipo de diletante, empeñado

en explicar lo inexplicable mediante razones y leyes de carácter metafísico; un sobreviviente de las primeras décadas del siglo pasado en el Río de la Plata, un caballero masón con su corte de mandiles y de naftalinas.

Fata Morgana y Cleopatra y cada una de las mujeres, la turquita María Madre de Dios, por ejemplo, parecen denunciar una profunda y compleja náusea sexual; el eludir menciones explícitas a la carnalidad de las mujeres parece situar al agonista y al autor de la agonía en el campo de las disociaciones de la personalidad, complejos edípicos y toda suerte de neurosis enajenantes. Y este aspecto no sería cuestionable en la medida que fuera presentado como tal, que se escribiera abundantemente sobre él. Es un verdadero desatino pasar de lado y no detenerse en la cuestión de las vidas que llevan los personajes, descarnarlos, volverlos imágenes literarias carentes de elaboración y vuelo. Porque en el glosario de las miserias humanas se cifra la gran novela de Occidente, ni más ni menos.

Churchill y los tres hombres de piedra de San Telmo no son más que lugares comunes de la tradición, casi un sainete sin gracia. Todo este plato de arroz blanco con manteca y sin queso, servido de la forma más lineal y simplona. Nada nos convence menos que los personajes porteños, como si el autor conociera solo de oídas la cultura regional y sus peculiares obsesiones, sin hablar ya de la propia historia sangrienta de la terrible dictadura que asoló a la Argentina en ese período infame.

Albert Einstein Gallardo no existe, ni siquiera puede existir un personaje semejante en la imaginación de un oligofrénico barredor de residuos de elefantes en un circo ruso de gira por la Amazonia. En todo caso surge de una esmirriada y escasa pintura de caracteres de un nene bien al que se le va desviando la cabeza a medida que se involucra con personas inservibles con delirios mesiánicos. Es una absurda pérdida de tiempo destinarle tantas páginas y, lo que es peor, la novela toda, a tal marioneta de la burguesía insípida de una ciudad enjaulada en sus propios óxidos suicidas. Una ciudad que nunca existió, más que para el profanador de tumbas.

Y es conveniente extenderse un poco más sobre este personaje porque es seguro de que el autor lo exaltará hasta el heroísmo o lo desmadrará hasta hacerlo añicos contra un montón de deshechos artificiales de una planta de productos químicos. Deplorable, lisa y llanamente lamentable el afán de perpetuar un personaje que desentona con la situación a que se pretende pertenezca con naturalidad. Todo un esbirro juego de la oca para taparse los glúteos con las máscaras venecianas, naturalmente

con las máscaras venecianas importadas de una cultura vieja y estrepitosamente esnob.

A esta altura de la historia todo parece perdido, nuestro tiempo y el tiempo del mundo, una verdadera e injusta apropiación del dinero, una temeridad rayana en el egocentrismo típico del canto del cisne, del cisne negro que se ufana con hacerse escuchar.

Albert Desnós es un estereotipo ramplón del artista surreal, ajustado a su rol de actor urbano, improvisando obras maestras en todas las esquinas, nada más que un estereotipo, algo muy convencional. Más afiebrado todavía es el designio que lo llevará a constituirse en el más grande poeta de las tierras de los oficinistas vocacionales. Tampoco hay muestras efectivas de ese presunto talento extraordinario, ni siquiera una línea testigo de tanta originalidad. Es exasperante ver tantos estereotipos juntos en un solo personaje; quizás funcione para novelones de televisión, pero no para el arte novelístico.

Y salvo estos dos figurones, el resto de los personajes casi no cuentan. Hay una curiosa alusión a una malformación congénita en Miguel Ángel, pero ninguna concreta referencia al mal ni a la herencia familiar, una ausencia de información que vuelve desleal el abordaje temático y completamente anodino a un personaje que, con otro tratamiento, debería convertirse casi en un punto de inflexión, en un modelo para armar muy rico. Una magnífica oportunidad para ensayar con los meandros de la vida emocional de un diferente, arrojada al inodoro de las cosas que jamás fueron escritas. Una verdadera lástima, una cruel abstracción, una barrabasada absoluta.

Quizás todo esto la justifique en última instancia y la convierta involuntariamente en una obra maestra —y siniestra, por ende—, dentro del frágil arte de la mañosa composición literaria.

Para este hallazgo, como para otros tantos hallazgos de todo orden, es necesario ver las cosas patas para arriba y volver a creer en el mundo al revés, como al principio, como cuando el mundo estaba al revés.

Manuel Arduino Pavón



Nacido en una ciudad con mucho viento, Montevideo, muy cerca de un río grande como mar, este gordito callado y atravesado por el horror de tener que usar anteojos, poco a poco se fue subiendo al cuello de la jirafa. Un día se cayó, se rompió la cabeza, específicamente alucinó. Pensó que lo mejor que puede hacer alguien que fracasa en las alturas es probar en el llano. Así que se puso a escribir epigramas y narraciones

surreales, a compartir una pequeña editorial trasnochada con un poeta hoy eminente. Pero no dio ni para tabaco.

Así que se replegó sobre los libros de los otros; regenteó una librería de obras esotéricas. Estudió literatura y ocultismo. Se casó y se divorció con la inescrupulosidad de los fabricantes de armas. Y un día cruzó ese río profundo y ancho y se marchó a Buenos Aires con otra mujer, perfecta como una escultura hierática robada por los franceses con el estilo de un agente de seguridad. Se puso a empollar, a sufrir con el desarraigo y a escribir. Puso más de sesenta libros en órbita; comenzó a trabajar en una mínima librería también esotérica y, siempre algo entrado en quilos, a vigilar la luz de la vela. Uno de los dos se va a morir primero, piensa permanentemente, y así, ladrando y apedreando, se convirtió en un hombre viejo, despidió al marqués de las cabriolas de su vida y se dedicó al oficio de labrar ensayos y de contar cuitas esponjosas como la medusa del vals sobre las olas.

Este hombre canoso y viejo, aburrido y obsesivo con sus temas ocultos, solo aguarda el momento para dar el gran salto, para volver a subirse al cuello de la jirafa. Para intentarlo por última vez. Después, cuando todo pase, alguien soplará la vela y se bajará el telón, se bajará el telón sobre la corteza craneana del público que nunca le prestó la menor atención. En su afán vengativo pasa sus días y sus noches en vela cosiendo la pesada lona del telón.